

ciera, que en diferentes circunstancias ha distado mucho de manifestar gran valor.

Los Drusos se parecen á los nómadas del desierto, y componen una secta mahometana activa é independiente, que desde muchos siglos vive separada de los Arabes y de los Sirios; son valientes y temibles, y tienen gran enemistad con los Maronitas del Líbano.

En cuanto á los habitantes de las ciudades y aldeas de la Siria, forman un tipo mezclado donde han entrado todos los pueblos, como Fenicios, Egipcios, Judíos, Babilonios, Persas, Griegos, Romanos, Arabes, Mogoles, Circasianos, Cruzados, Turcos, etc., que ocuparon poco ó mucho la comarca. Por consiguiente el viajero no ha de sorprenderse de hallar allí los tipos más variados.

Los Sirios de las ciudades son generalmente bastante inteligentes, pero flexibles, astutos y pérfidos. Eran ya poco estimados en tiempo de los Romanos, quienes los calificaban de raza nacida para la esclavitud. Resignados á todas las dominaciones que han caído sobre ellos, no han conservado nunca energía sino para las disputas religiosas, pues muestran una gran conformidad en todo lo que no se refiere á estas materias, acatando del modo más sumiso á cualquier poder que se parezca á una autoridad. Esa sumisión y resignación son mucho más grandes de lo que un europeo llegaría á imaginar, y tan sólo daré idea de ellas contando un suceso que refirió á Mr Vogüé un europeo que se hallaba en Siria, cuando tuvo lugar la represión de los degüellos de 1861.

«Un oficial instructor europeo, que estaba al servicio de Turquía, nos contó lo siguiente, de lo cual había sido testigo ocular. Uno de los numerosos verdugos que en aquellos momentos funcionaban, estaba á punto de terminar las ejecuciones del día cuando observó que el clavo (de la horca) estaba colocado demasiado alto, y que la silla era demasiado baja para alcanzarlo. Pasaba entonces por aquel sitio un viejo musulmán en un asno llevando un cuarto de carnero; y el verdugo le hizo señas de detenerse. El anciano obedece, baja del asno y le presenta el cuello con resignación, creyendo llegada su última hora. Pero al ver el verdugo su error, le dió á entender que no le pedía su cabeza, sino el asno. En seguida cogiendo al animal, coloca en él al paciente, le pone la cuerda al cuello, y da de latigazos al asno, que se pone en marcha, dejando ahorcado al improvisado jinete. Alegre el viejo musulmán de salir tan bien librado, recoge

su cuarto de carnero, vuelve á montar en su asno, y parte al galope.»

Pero repito que esta resignación no existe sino por lo que está fuera de las cuestiones religiosas, pues no ha dejado de reinar la más profunda tranquilidad en Damasco durante las últimas turbulencias de Egipto, y con frecuencia he admirado la facilidad con que grupos enteros de habitantes se dejaban empujar violentamente y hasta pegar por un soldado raso que procuraba abrir paso á un personaje cualquiera, el cual frecuentemente no era más que un simple viajero. Sin embargo, muchas veces he oído decir tanto en Damasco como en Jerusalén que el menor triunfo de Arabi hubiera sido la señal de una matanza general de todos los cristianos de Siria. Verdad es que estos son de una pusilanimidad que sonroja de veras; pues en 1861 se dejaron degollar como carneros, sin ni siquiera hacer una tentativa de defensa, y hubiera sucedido exactamente lo mismo en 1882, si llegan á empezar de nuevo las matanzas que todos temían.

Arabes de Egipto.— Los Arabes actuales de Egipto son producto del cruzamiento de las poblaciones indígenas con los Arabes que invadieron el país en 640, al mando de Amru; y aunque sean árabes por la lengua y la religión, no lo son ya por la sangre. En efecto, según las leyes antropológicas más arriba citadas, el elemento conquistador quedó luego anegado en el elemento conquistado, por un lado más numeroso, y por otro mejor adaptado al temible clima de Egipto. Los elementos intermedios desaparecieron muy luego, y hoy, á pesar de la lengua y de la religión, el árabe sedentario de Egipto es en realidad el hijo de los antiguos Egipcios del tiempo de las pirámides, como así lo revelan sus anchos hombros, su rostro de labios gruesos y juanetes pronunciados, y sobre todo su parecido con las figuras grabadas en los antiguos monumentos.

Los Arabes sedentarios de las orillas del Nilo no son tan sólo descendientes de los antiguos egipcios por la fisonomía, sino que también han heredado su carácter, formando una población de una afabilidad y cortesía extremadas; la cual, aunque se muestra resignada desde hace tiempo con todas las servidumbres, teme á todos los señores, particularmente á los europeos. Cuando en el Cairo se decía que el Alto Egipto estaba completamente sublevado, y los diarios no hablaban más que de matanzas, he podido circular completamente solo por entre los ha-

bitantes de las principales villas de las márgenes del Nilo, sin ser nunca molestado.

El fellah casi no tiene necesidades, bastándole lo estrictamente necesario, para considerarse completamente feliz. El fellah vive sin cuidado del porvenir, y sin la menor noción del tiempo y de las distancias. Cuando se le pide un dato preciso sobre cosas de las cuales debiera poseer una experiencia de muchos siglos, su respuesta invariable es: «No lo sé.» El fellah ignora cuánto tiempo se necesita para ir de una población á otra, la distancia que las separa, y no tiene ningún interés en averiguarlo.

También hallamos entre los Arabes de Egipto la distinción fundamental de sedentarios y nómadas, tal como la hemos consignado en Arabia y Siria. Pero en Egipto la distinción es más profunda todavía que en las demás regiones, por implicar no sólo una diferencia completa de vida, sino también una diferencia de raza. En efecto, si el árabe de las ciudades ha acabado por transformarse en egipcio á consecuencia de los cruzamientos, no ocurre lo mismo con los nómadas, quienes, á consecuencia de su género de vida, no han podido mezclarse sino entre sí, y han de representar bastante bien, con su nariz algo aguileña, sus labios delgados, su rostro oval alargado y sus ojos ardientes, al tipo árabe de los nómadas del tiempo de Mahoma.

Son estos los únicos guerreros temibles de Egipto, y los únicos á quienes los ingleses hubieran debido tener en cuenta en su reciente campaña, si, como nos lo han repetido muchas veces en el país, no se hubiese antes comprado su neutralidad á alto precio.

Los Arabes nómadas de Egipto plantan sus tiendas en los desiertos arenosos que se hallan á lo largo del Nilo, á corta distancia de sus orillas; temen poco á las autoridades, y no entran en relaciones con los fellahs agricultores, á los cuales tienen grande antipatía.

La existencia de estos nómadas es idéntica á la de los demás árabes del desierto, por conservar bajo todos los climas el árabe nómada su propio carácter natural.

Además de los Arabes, la población de Egipto consta de elementos muy diferentes, como turcos, coptos, sirios, negros, griegos, europeos, etc., etc.; los cuales apenas se cruzan con el elemento fellah. Por otra parte aquel clima es tan mortífero para el extranjero, que no se ha dado todavía el caso de uno de estos, incluso

los turcos, que haya podido reproducirse más allá de dos generaciones; siendo los Arabes el único pueblo extranjero que ha llegado á dejar raza en Egipto.

Entre los pueblos de Egipto que acabo de mentar los coptos merecen una mención especial, porque si verdaderamente no se les puede considerar como descendientes puros de los antiguos egipcios, entre ellos se encuentra sobre todo más individuos que se parezcan á las figuras de los antiguos sepulcros. Los coptos siguen la religión cristiana y no se han cruzado nunca con los árabes. Viven sobre todo en el Alto Egipto, particularmente en algunas ciudades y villas como Syut; y su lengua es muy análoga á la de los antiguos egipcios; por cuya razón Champollión se sirvió de su estudio para llegar á interpretar los jeroglíficos. Aunque se asegura en muchos libros que ya hoy no se habla la lengua copta, yo he oído muchas veces á los coptos hablarla entre ellos; y puedo añadir que consta de varios dialectos, y que los coptos la escriben ahora sirviéndose del alfabeto griego.

Se evalúa generalmente en 200,000, todo lo más, los coptos que hoy existen en Egipto; bien que muchos de estos me han afirmado que su número pasa de 500,000; y el triste cuadro que se traza de su carácter no me parece muy fundado. Lo que puedo asegurar es que su instrucción es muy superior á la de los Arabes actuales, particularmente los turcos; y aunque su religión les impide llegar á ocupar empleos importantes, desempeñan en las administraciones aquellos cargos que requieren más inteligencia y laboriosidad.

En cuanto á los turcos, á pesar de que han reemplazado á los árabes en Egipto, han carecido siempre de toda influencia, y como hoy sólo son unos 20,000, componen una aristocracia que no se cruza con los habitantes.

Arabes del Africa.—Exceptuando Egipto, que generalmente se considera como parte de Oriente, todo el Norte de Africa está ocupado por poblaciones, si no de sangre, de religión árabe; las cuales en algunos puntos se extienden más allá del Ecuador. Constan de berberiscos, de árabes y de negros más ó menos mezclados; siendo sobre todo Marruecos el punto donde la mezcla de sangre negra me ha sorprendido más, pues aumenta á medida que se baja hacia el Ecuador.

Los berberiscos de Africa forman una población muy diferente de los Arabes, pero como nos proponemos estudiarlos detalladamente en

el capítulo de la historia de los Arabes en Africa, no hablaremos ahora de ellos.

Así como los demás Arabes de quienes hasta ahora hemos tratado, los Arabes de Africa constan también de nómadas y sedentarios; pero los nómadas y sobre todo los sedentarios representan hoy en día el producto de mezclas muy complejas. En las ciudades del litoral, las poblaciones, que calificamos de árabes, son producto de cruzamientos de todos los pueblos, como cartagineses, romanos, vándalos, griegos, berberiscos, árabes, turcos, europeos y negros que desde há muchos siglos se han encontrado en este litoral y sus regiones. En el litoral del Africa septentrional he hallado todos los tipos que cabe imaginar entre el negro del Sudán y el Apolo del Belvedere. Por esto debe renunciarse á relacionar á los Arabes de Argel con un solo tipo, y hasta con media docena de tipos, como recientemente lo ha hecho un antropologista que los había estudiado muy superficialmente.

El árabe de Argel no es en realidad otra cosa que un mestizo, en quien debemos suponer que hallaremos todas las cualidades inferiores de la raza. Los habitantes sedentarios de las ciudades son producto de los cruzamientos de todos los pueblos más arriba citados: producto degenerado por todas las dominaciones que han caído sobre ellos. Los nómadas, que han recibido menos mezclas, y que por consiguiente son menos degenerados, se parecen más á los árabes nómadas de las otras comarcas, y como ellos, se muestran refractarios á cualquier civilización.

Todas estas poblaciones, ya sean sedentarias, ya nómadas, tienen un sentimiento común, á saber, un odio profundo, muchas veces justificado, á los europeos que los dominan. El indígena, que describimos como indolente, contemplativo, poco industrial, viviendo al día, y humilde, ó arrogante, según las circunstancias, sacrificará todo lo que posea, y comprometerá su vida en cada insurrección, para ver si se libra de sus invasores. Quizás se llegue á destruir metódicamente al árabe de Argel por medios análogos á los que emplean los americanos para destruir las Pielas Rojas; pero lo que me parece absolutamente cierto es que el europeo no llegará nunca á asimilárselo. Dos razas tan opuestas no cabrán jamás en un mismo territorio. Generalmente los escritores evitan consignar semejante opinión en sus libros, pero en Argel la he visto en boca de todos los obser-

vadores concienzudos, y por mi parte no tengo otra (1).

Arabes de España.—Todas las poblaciones árabes que acabamos de mencionar, todavía viven, y sus representantes actuales, aunque alterados por diversas influencias, nos permiten formar una idea bastante exacta de lo que fueron sus antepasados. Pero no sucede lo mismo con los Arabes de España, quienes han desaparecido completamente, sin dejar descendientes que perpetuasen su imagen á través de las edades. Ignoramos, pues, lo que venía á ser exactamente su tipo; pero á pesar de la falta de documentos precisos, podemos decir que ese tipo debió luego diferir del de los primeros árabes que invadieron el país. Frecuentes cruzamientos con las cristianas cautivas, y la mezcla en grande escala con los bereberes del Africa que invadieron á España, no podían menos de alterar luego el tipo árabe primitivo; de modo que habiéndose repetido esos cruzamientos durante ocho siglos, no pudieron tener otro resultado, según las leyes antropológicas expuestas al principio de este capítulo, que formar una raza nueva, cuyos representantes se diferenciarían mucho de los primitivos invasores. Lo que produjo la civilización árabe de España prueba que esta raza brilló por una alta inteligencia, y su historia demuestra que también brilló por su valor y carácter caballeresco; pero las luchas intestinas, que fueron la verdadera causa de su muerte, demuestran al mismo tiempo que ciertos rasgos característicos y fundamentales del genio árabe se habían conservado en ella. No pudiendo juzgar de los Arabes de España sino por su civilización é historia, lo dejamos para los capítulos dedicados á estas materias.

Los Arabes de la China.—Así que quedó constituido el imperio de los Arabes, los califas de Oriente y los soberanos de China se enviaron frecuentemente embajadores; y como lo veremos en otra parte de esta obra, se establecieron con regularidad relaciones comerciales entre chinos y árabes por mar y tierra.

Lo mismo que en todos los países donde penetraron los Arabes, el islamismo hizo luego muchos progresos en China, y hoy se cuentan allí veinte millones de musulmanes, según la reciente obra de Mr. Dabry de Thiersant sobre el mahometismo en China. Ya se habrá

(1) Según los señores Carthez, entre los dos millones quinientos mil musulmanes de Argel, como árabes, turcos y bereberes, no hay más que 200,000 árabes puros. Constituyen la raza más numerosa los bereberes ó kábilas, que llegan á un millón y cuatrocientos mil, poco más ó menos.



Arabes nómadas de la Regencia de Túnez

comprendido que estos musulmanes no son de origen puramente árabe, sino que están mezclados de sangre china; y siguiendo al autor que acabo de citar, vienen á componer una raza especial, resultado del cruzamiento de tres sangres, la árabe, la turca y la china. Según su parecer, «el primer núcleo de mahometanos de Occidente implantado en China, se compuso de un contingente de cuatro mil soldados árabes que el califa Abu-Giafar envió en el año 775 en socorro del emperador Su-Tsong, amenazado por el rebelde An-Lo-Chan. En recompensa de sus servicios, el emperador les permitió establecerse en las principales ciudades del imperio; y esos soldados, que se casaron con mujeres chinas, deben ser considerados como el origen de los musulmanes chinos.»

Después de citar la opinión de Anderson, que dice que su honradez es superior á todo encomio, de lo cual da curiosas pruebas, el autor añade lo siguiente, sugerido por sus propias observaciones:

«Generalmente están dotados de un gran sentimiento de rectitud y honradez; de modo que los que ocupan cargos públicos son queridos y estimados de las poblaciones, y los que se dedican á negociar disfrutan de excelente reputación. Todos son caritativos por principio religioso, y parecen no formar más que una sola familia, cuyos miembros se protegen y sostienen mutuamente.

»Lo que sobre todo demuestra su superioridad es que á pesar de su defecto original, á favor de las bien meditadas concesiones que han sabido hacer á las exigencias de su país adoptivo, como también á favor del lazo de confraternidad religiosa que les une á todos entre sí, han llegado á crecer y desarrollarse,

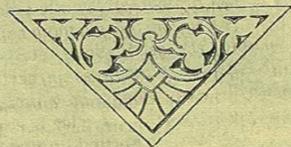
mientras que las demás religiones extranjeras que han tratado de establecerse en China, no han hecho más que pasar ó vegetar.»

La gran tolerancia de los musulmanes chinos, su espíritu liberal, su cuidado en no faltar, como los misioneros de otros cultos, á los usos, leyes y creencias del país donde recibían la hospitalidad, han hecho que disfrutasen exactamente de los mismos privilegios que los demás chinos, pudiendo ser mandarines, ocupar empleos en el ejército, y hasta tenerlos en la corte del emperador.

Me he visto obligado á ahincar en este capítulo respecto á puntos bien descuidados hasta ahora por los historiadores, á pesar de ser dignos de meditación preferente; pues sólo su lectura puede esclarecer la sucesión de los acontecimientos históricos. Entre los diversos factores que contribuyen á determinar la evolución de un pueblo, la capacidad moral é intelectual figurará siempre entre los más poderosos.

Ese conjunto de sentimientos inconscientes que se llama carácter, y que son los verdaderos móviles de la conducta, el hombre los posee cuando viene al mundo; pues como están compuestos de la sucesión de los antepasados que lo han precedido, influyen en él con un peso del cual nada sería capaz de librarlo, y desde el seno de su polvo todo un pueblo de muertos le dicta imperiosamente su conducta.

En los tiempos pasados se han elaborado los motivos de nuestras acciones, y en los tiempos presentes se preparan las de las generaciones que nos sucederán; esclavo del pasado, el presente es señor del porvenir; por lo cual el estado del uno será siempre indispensable para el conocimiento del otro.



CAPITULO III

LOS ARABES ANTES DE MAHOMA

I

PRETENDIDA BARBARIE DE LOS ÁRABES ANTES DE MAHOMA

Se admite generalmente que los Arabes antes de Mahoma han carecido de historia, y que compuestos de tribus errantes, sin tradiciones ni morada, habían llevado durante siglos una vida semi-salvaje, de la cual no quedó ningún recuerdo en la memoria de los hombres.

Tal opinión es seguida hoy mismo todavía por hombres muy distinguidos; de lo cual hallo la prueba en el pasaje siguiente del ilustre autor de la historia de las lenguas semíticas: «Hasta ese movimiento extraordinario que nos muestra á la raza árabe inesperadamente conquistadora y creadora, la Arabia no ocupa lugar alguno en la historia política, intelectual y religiosa del mundo; pues no sólo no es muy antigua, sino que es tan joven en los anales de los pueblos, que el siglo sexto es su edad heroica, correspondiendo los primeros siglos de nuestra Era á las tinieblas ante-históricas de la raza árabe.»

Aunque nada supiésemos del pasado de los Arabes, podríamos de antemano asegurar que la opinión precedente es errónea, pues sucede con la civilización de un pueblo lo que con su lengua, las cuales aunque ambas aparezcan bruscamente en la historia, no han podido menos de tener fundamentos, cuya elaboración debió hacerse necesariamente con mucha lentitud. La evolución de los individuos, de los pueblos y creencias es siempre gradual. No cabe llegar á una forma superior sino cuando se ha pasado sucesivamente por toda la serie de las formas intermedias.

Cuando un pueblo aparece en la historia con una civilización adelantada, se puede afirmar con certeza que esta civilización es producto de un largo pasado; y aunque frecuentemente no

conozcamos este pasado, no cabe dudar de que existe, y las investigaciones de la ciencia llegan siempre á descubrirle de un modo evidente.

Lo mismo sucede con la civilización de los Arabes antes de Mahoma. Decir exactamente hoy lo que fué, sería difícil; pero los documentos que poseemos bastan para demostrar que ha existido, y que no fué inferior quizás á las antiguas civilizaciones de Babilonia y de Asiria, que después de no conocerlas durante tanto tiempo, hoy la arqueología moderna reconstituye.

Las ideas corrientes acerca de los Arabes antes de Mahoma no sólo proceden del silencio que la historia ha casi guardado sobre ellos, sino también de la confusión que generalmente se hace entre los árabes nómadas, habitantes del desierto, y los árabes civilizados que habitaban las ciudades; debiendo recordarse que los nómadas, tanto antes como después de Mahoma, han sido unas poblaciones semi-salvajes que han carecido, al igual que todos los salvajes, de civilización y de historia.

Ahora bien; estos árabes nómadas no eran más que una de las dos ramas de la raza árabe, pues al lado de ellos había los árabes sedentarios, que cultivaban la agricultura, y vivían en las ciudades, y de los cuales se puede demostrar fácilmente que en la antigüedad tuvieron una civilización, de la cual cabe presentir la importancia, aunque se ignoren los detalles.

La historia no se ha mostrado tan callada respecto á la antigua cultura de los Arabes como lo ha sido con respecto á otras civilizaciones que la ciencia moderna ve con sorpresa resucitar del polvo; pero aunque hubiese guardado completo silencio, podríamos asegurar que la civilización árabe fué muy anterior á Mahoma. Bastaríanos recordar que en tiempo del Profeta los árabes poseían ya una literatura y una lengua desarrolladísimas; que estaban des-